

FELIPE PIGNA

Los cuentos del Abuelo José

Ilustraciones de
Augusto Costhanzo



FELIPE PIGNA

Los cuentos del
Abuelo José

Ilustraciones de
Augusto Costhanzo

Una vuelta por Yapeyú

ÉSA TARDE, como casi todas, José está muy atareado. Quiere terminar antes de la cena los mueblecitos para las muñecas que les prometió a Merceditas y Pepita, sus nietas. Pepita en realidad se llama Josefa, pero nadie le dice así. Tampoco el abuelo José, que adora a esa graciosa chiquita que corretea como una ardilla por toda la casa.

Aunque ya es un hombre mayor y tiene el pelo completamente blanco, de abuelito, como les gusta remarcar a sus nietas, José sigue siendo vital. Tiene algunos achaques que le trajeron los años y las circunstancias, pero eso no le impide moverse de acá para allá por el pequeño taller que montó en Grand Bourg, en el distrito deÉvry. Su austera casa de campo, a unos



kilómetros de la sofisticada París es su lugar en el mundo porque allí está su tesoro, lo que más quiere: su familia.

Hay dos cosas al respecto que es necesario aclarar: la primera es que a él jamás le interesaron ni los lujos ni las fiestas de «la ciudad luz». La segunda es que su salud nunca fue buena. Desde muy joven padeció asma y otras dolencias, pero eso no le impidió ser siempre un hombre enérgico, librar innumerables batallas, cruzar nada menos que la cordillera de los Andes, la segunda más alta del mundo, y transformarse en uno de los libertadores de América. Claro que eso pasó hace años, cuando él era el general José de San Martín. Ahora es orgullosamente el abuelo de Merceditas y Pepita.

José se apura a cortar, encolar y lijar las maderas con la habilidad de un carpintero porque sabe que, en cualquier momento, esas dos niñas que se suben a sus rodillas, lo abrazan y le enroscan los bigotes con sus deditos sabiendo que es capaz de cualquier cosa por ellas, van a irrumpir reclamando lo que les prometió.

«El abuelo José siempre cumple sus promesas», le dijo hace unos días Merceditas a su hermana menor.

Es verdad. La niña no se equivoca. Él fue siempre un hombre de palabra y ahora, se ríe cuando se da cuenta de lo que está pensando, es un abuelo de palabra. De muchas palabras. Porque a las dos pequeñas les encanta que el abuelo José les cuente historias. Cosas de su vida, del lugar donde nació, de las muchas personas que conoció, de sus hazañas y de las innumerables anécdotas y leyendas que fue reuniendo en su tránsito por tres continentes.

En todo eso piensa José mientras lija la diminuta pata que soportará la también pequeña cama para las muñecas de sus nietas.

La ventana está abierta y los pájaros empezaron a cantar anunciando el atardecer.

—Se armó el concierto —murmura José para sí.

El canto de uno de los pájaros se impone por sobre los demás. Más que un canto parece un lamento.

—Me hace acordar al urutaú —se dice. Y mezclado con el nombre de ese pájaro dicho en guaraní, esa lengua que aprendió cuando era un niño, junto con el aroma de las flores, el crujir de las hojas y la brisa suave, ahí, en el medio de su taller, aparece su infancia.

José no necesita cerrar los ojos para transportarse por unos instantes a Yapeyú, ese pueblo que queda en la otra punta del mundo pero que tiene nombre de patria.

Merceditas entra saltando en el taller y atrás viene, como siempre, Pepita.

—¿Ya están listas, abuelo? —quieren saber las niñas.

—Falta poco —dice José—. Ya las barnicé y ahora solo hay que dejarlas secar.

—¿Las podemos ver? —pide Pepita con su media lengua.

 **José no necesita cerrar los ojos para transportarse por unos instantes a Yapeyú.**

–Sí, claro. Aquí están –le responde el abuelo mostrándole las dos camitas para muñecas que construyó.

–¡Son hermosas! –exclama Merceditas con una expresión completamente feliz–. Nuestras muñecas se van a sentir como princesas en estas camitas.

–Seguramente.

Justo en ese momento, el urutaú lanza otro de sus lamentos, y el abuelo José ve la oportunidad de distraer a sus pequeñas nietas, que ya no pueden aguantar las ganas que tienen de jugar con las camitas.

–¿Escuchan el canto de ese pájaro que parece llorar? –pregunta.

Merceditas y Pepita abren bien grandes los ojos y los oídos. La niña mayor se pone de pronto muy seria. Frunce la cara y se concentra para escuchar mejor, pero la pequeña no espera y responde enseguida:

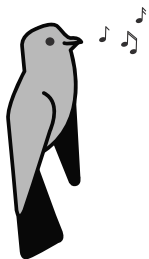
–Sí, lo escucho. ¿Por qué llora el pajarito?

–En mi tierra lo llaman urutaú y según cuentan los guaraníes, es en realidad una doncella que se transformó en pájaro.

–¿En serio? –se asombra Merceditas–. Por favor, abuelo, contanos. ¿Quiénes son los guaraníes? ¿Por qué la doncella se hizo pájaro?

Merceditas se trepa a una silla y se sienta muy erguida junto a su abuelo, preparada para escuchar el relato.

–¿A vos también te interesa, Pepita? –quiere saber José.







—Mucho, abuelito. Pero mucho, mucho, mucho
—responde la niña estirando los brazos para que su
abuelo la sienta en su regazo.

—Esta historia que voy a contarles me la contó Rosa
Guarú, la niñera que me
crio en Yapeyú, el lugar
donde nací.

Merceditas se ríe.

—Ya-pe-yú, Ya-pe-
yúúúú —repite alargando
las letras e imitando un
poco el canto del pájaro.

A Pepita le encantan
las payasadas de su hermana.

Las dos ríen y el abuelo también.

—¡Qué nombre tan gracioso Yapeyú!

—En guaraní, Yapeyú quiere decir «fruto maduro».

—¿Te enseñaron guaraní en la escuela?

—No, Rosa me enseñó algunas palabras porque
ella era guaraní: un pueblo que vive en esas tierras
de América desde mucho antes de la llegada de los
españoles. Fue la que también me enseñó a distinguir
el canto de los pájaros.

—¿Y qué te contó Rosa del pájaro-doncella?

—Esto que ya les voy a contar. Escuchen bien...

«Cuenta la leyenda que hace muchos siglos,
hubo una lucha sangrienta entre dos tribus que eran
enemigas. El cacique de la tribu vencedora tomó
prisionero a un joven guerrero llamado Cuimbae y se
lo llevó a sus tierras. Parece que cuando la doncella

✍ En guaraní,
Yapeyú quiere
decir «fruto
maduro».



Ñambiú, única hija del cacique, y Cuimbae se vieron, se enamoraron perdidamente. Al cacique eso no le gustó nada, y no solo se negó a consentir que ambos se casaran, sino que le prohibió terminantemente a la muchacha que volviese a ver a su amado.

✂ **El cacique no solo se negó a consentir que ambos se casaran, sino que le prohibió terminantemente a la muchacha que volviese a ver a su amado.**

Ñambiú se puso muy triste. Lloraba todo el tiempo y era frecuente verla vagando por la selva, donde le contaba sus penas a los árboles, que parecían escucharla. Hasta que un día huyó para siempre al monte para refugiarse entre sus árboles amigos.

El cacique y su mujer se desesperaron. Lo primero que pensaron fue que Ñambiú había huido con el joven guerrero, pero eso no

era posible porque Cuimbae seguía estando prisionero. Sin embargo, le preguntaron al joven si sabía dónde había ido la doncella, y este les dijo que había soñado que su amada Ñambiú estaba en los montes que rodean el río Iguazú, adonde había sido llevada por una bruja.

El cacique ordenó inmediatamente a un grupo de guerreros que partieran a buscarla. No les tomó mucho tiempo encontrarla. Pero cuando le pidieron que regresase, la muchacha, sin pronunciar una palabra, se negó.

Luego fueron las amigas de la doncella quienes se internaron en la espesa selva y le suplicaron a Ñambiú que volviera. Pero nuevamente la joven se quedó muda y no quiso regresar. El cacique decidió entonces consultar con el hechicero de la tribu, quien le dijo: “La doncella regresará cuando vuelva a sentir y a hablar”. De modo que el cacique en persona decidió ir en busca de su hija, y se internó en los montes del Iguazú junto con el hechicero y una gran comitiva. Para hacerla reaccionar y lograr que recuperara el habla y los sentimientos, envió primero a unos emisarios, quienes le dijeron a la doncella que sus padres habían muerto. Al recibir la noticia, Ñambiú no solo no pronunció una sola palabra, sino que se mantuvo tan fría como una estatua, sin derramar ni una lágrima.

El hechicero entonces se paró ante la muchacha y le dijo que Cuimbae, su amado guerrero, había muerto. Ñambiú se estremeció, lanzó un grito desgarrador y luego corrió hacia lo profundo de la selva, donde desapareció.

Minutos más tarde de que la doncella huyera, el cacique y su comitiva escucharon el triste canto de un pájaro desconocido que vagaba entre los árboles. Ñambiú se había

 Ñambiú se estremeció, lanzó un grito desgarrador y luego corrió hacia lo profundo de la selva.

transformado en el urutaú o “ave fantasma” que, según cuenta la leyenda, llora todas las noches con un lamento tan desolador y fuerte que se oye a media legua de distancia».

—¿Y no volvieron a ver a la doncella, abuelo?
—quiere saber Merceditas, que se mantuvo en completo silencio, fascinada con la historia.

—No, porque dicen que ella se transformó en el urutaú.

—¿Podemos ir ahora al jardín a buscar al pájaro-doncella? —pregunta Pepita.

—Me temo que va a ser difícil encontrar uno por aquí —responde José, depositando a Pepita en el suelo y levantándose de la robusta silla—. El urutaú vive muy lejos, en el Litoral argentino. Pero lo que sí puedo hacer es enseñarles a distinguir el canto de los

pájaros, como hace tantos años me enseñó Rosita a mí y jamás olvidé.

Pepita de inmediato toma la mano de su abuelo y empieza a tironearlo suavemente en dirección al jardín, mientras Merceditas, que ya corrió hacia la puerta, exclama:

—¡Me encanta abuelito, empecemos ya! 🐦

 **Se había transformado en el urutaú o «ave fantasma».**